

Pedro Antonio Hellín Ortuño
Universidad de Murcia

Contra Debord

Schiffter, Frederic (2005). *Contra Debord*. Barcelona:Ed. Melusina.

<http://dx.doi.org/IC.2006.01.12>

Seguramente por la novedad que representa, no hemos tenido que esperar mucho para que este panfleto satírico, publicado en su versión original francesa en 2004, vea la luz en España. Basado en un escrito anterior: *Guy Debord, L'atrabilaire*, que apareció en el año 1997 y que sí tuvo que pasar un largo tiempo a la espera para poder ser publicado, debido a los “miedos”, de los editores, por los comentarios que podría recibir un libro que critica abiertamente a una de las “vacas sagradas” de la crítica a la sociedad contemporánea.

Frédéric Schiffter, filósofo de inspiración nihilista, no duda en poner en tela de juicio a uno de los grandes inspiradores de las teorías modernas sobre la configuración del mundo occidental. Lo hace en esta obra corta y ágil, estructurada en cuarenta y un capítulos-sentencia, donde el autor demuestra un profundo conocimiento de la obra de Debord, y también de las fuentes filosóficas que lo inspiraron.

Lo que pretendemos en estas páginas es repasar la obra de Debord, utilizando como estructura el libro de Schiffter; de forma que, tras los comentarios del segundo, citaremos al primero para ejemplificar lo dicho, intentando facilitar al lector el acercamiento crítico, partiendo de la premisa de que consideramos la filosofía de inspiración nihilista como una digna herramienta de crítica filosófica, puesto que la misma ha superado, a su vez, muchas tendencias, modas y críticas de intención destructiva, hasta llegar al momento actual manteniendo su vigencia.

“Al lógico de lo peor”, es la dedicatoria del prólogo, y ya deja clara la opinión de Schiffter respecto al autor (por si no había quedado clara con el título). Opinión que no sólo se reduce a la obra, sino también a la personalidad y los hechos de su vida.

El origen y la inspiración de la obra se deben a la crítica a la sumisión intelectual de los *debordistas* para con la obra de Debord (libre hasta el momento de críticas interesantes) y a quienes él llama sectarios, argumentando largamente este calificativo.

A lo largo del prólogo, Schiffter traza una genealogía de la noción de espectáculo, para recordar al lector que ésta procede, siguiendo la historia de las ideas, de una metafísica y una moral antiguas (de la Grecia Clásica, recordemos a Platón y su *mito de la caverna*); concluyendo el recorrido cuando Debord asocia el *espectáculo* a lo *falso*, que es tan perfecto en su mimetismo que ha hecho que los hombres olviden lo que fue *verdadero*: “Que fastidio que Debord, al morir, se llevara consigo el recuerdo y la definición” (pag.13) de lo verdadero.

Además, para remachar su crítica a la persona, utiliza la voz de otro filósofo para recordarnos que no hubo coherencia entre su vida y su obra, ya que el que criticó a los medios de comunicación como base de todos nuestros males, trabajó para uno de ellos. “Con todo, acabó por sucumbir al pequeño y ruin espectáculo, trabajando en vida para la cadena de televisión Canal +, que le consagró una velada póstuma. Guardo el recuerdo de una lección pretenciosa e insulsa” (Apéndice: carta de Frédéric Pajak al autor, 111)

Nuevamente una dedicatoria, esta vez para abrir el texto principal. Tanto la cita como el autor elegidos son una clara muestra del pensamiento de Schiffter, que sigue haciéndolo muy explícito. “Puesto que soy un canalla, tú también deberías serlo: con esta lógica se hacen las revoluciones”. Friedrich Nietzsche.

Cuenta el autor cómo llegó a la obra de Debord porque le habían contado que era un teórico marxista, y cómo obtuvo la impresión de que su doctrina estaba más próxima a la de Rousseau (por su idealismo con el ser humano) que a la de Marx, además de imbuida de un profundo resentimiento. “El resentido es aquel que reprocha a la vida la frustración de sus expectativas (...) Dondequiera que pose su mirada repleta de sospecha sólo ve mentira, impostura, falsificación, usurpación y maquinación. De creer lo que dice, este mundo en el que vivimos no sería el mundo *verdadero*; por lo que, quien no desee subvertirlo, afirma, no es más que un insensato o un granuja” (pag. 23). Al fin y al cabo, el resentimiento no es más que la desgracia de estar triste, según Schiffter.

Acusa a Debord de enorgullecerse de condenar al mundo sin querer escuchar “sus ilusorios discursos” como forma de condena ante la artimaña del

espectáculo, que recupera la palabra que lo designa para así neutralizarla mediante su uso inocuo en el mismo *espectáculo*. Esta artimaña explicaría, también, por qué hasta ahora no se han cumplido los designios profetizados por Debord en sus obras acerca del advenimiento de un nuevo orden social que arruinará nuestra actual *sociedad del espectáculo*: llegará tras la superación de todas las etapas de su particular calvario, todas ellas largas y complejas.

Como muestra de este pensamiento hemos encontrado la Tesis 34: “El espectáculo es el capital en un grado tal de acumulación que se transforma en imagen” (Debord, 1998), como base de la artimaña del *espectáculo*. En la Tesis 16: “El espectáculo somete a los hombres vivos en la medida que la economía les ha sometido totalmente. No es más que la economía desarrollándose por sí misma. Es el reflejo fiel de la producción de las cosas y la objetivación infiel de los productores” (Debord, 1998), creemos encontrar la explicación a la perpetuación de nuestro actual sistema social, del mismo modo que en la Tesis 61: “El agente del espectáculo puesto en escena como vedette es lo contrario al individuo, el enemigo del individuo en sí mismo tan claramente como en los otros. Desfilando en el espectáculo como modelo de identificación, ha renunciado a toda cualidad autónoma para identificarse con la ley general de la obediencia al curso de las cosas. La vedette del consumo, aún siendo exteriormente la representación de diferentes tipos de personalidad, muestra a cada uno de estos tipos teniendo igualmente acceso a la totalidad del consumo y encontrando una felicidad semejante. (...)” (Debord, 1998), vemos una representación del individuo *somatizado* por la sociedad espectacular.

Schiffter desmenuza las fuentes que, según él, sirvieron para montar la *teoría del espectáculo*: la (una) metafísica, la (una) economía política y la (una) moral, dejando claro que piensa que las ideas sirven para interpretar el mundo, nunca para subvertir el caos. Cosa que, permanentemente, pretendió Debord.

El hecho de que en la *teoría del espectáculo* se hable de una esencia de lo original, implica el recurso a la metafísica, y deja el camino abierto al autor para que en la tesis-sentencia novena cite a Freud y Schopenhauer acerca de la necesidad metafísica de los mortales de tener una razón para existir. Lo que acerca esta disciplina al ámbito de lo religioso, pese a su voluntad de explicar, ya que su deseo “absolutamente” religioso es el de significar. “La metafísica, mucho mejor que cualquier religión, triunfa así siempre sobre la herética sabiduría según la cual no hay nada que explicar” (pag. 32). El mismo Debord, da una explicación muy próxima en su Tesis 136: “Las religiones monoteístas han sido un compromiso entre el mito y la historia, entre el tiempo cíclico dominando todavía la producción y el tiempo irreversible en que se enfrentan y recomponen los pueblos. Las religiones surgidas del judaísmo son el reconocimiento

universal abstracto del tiempo irreversible que se encuentra democratizado, abierto a todos, pero en lo ilusorio. El tiempo todo se orienta hacia un único acontecimiento final: ‘El reino de Dios está cerca’. (...)’ (Debord, 1998), asociando la religión a la interpretación del tiempo y acercándola al ámbito de la metafísica.

A continuación, toca repasar los autores en los que se basa Debord para la construcción de su teoría, a los que de manera general califica en el bando de los filósofos *charlatanes*, aquellos “que no queriendo ver lo real tal y como es, inesencial, lo recubren con un doble ilusorio que terminan por percibir como lo esencial” (pag. 34). Estos filósofos buscan convertir en fundamentales cuestiones que, según Schiffter, son absolutamente prescindibles, y por eso se sitúan frente a los que él prefiere, los pensadores, los nihilistas.

Entre los que inspiraron la **teoría del espectáculo** destaca a Rousseau, obsesionado por persuadir a los hombres de que están condenados a una renaturalización y convirtiéndose en el prefacio de las ideologías políticas de corte violento que han buscado la salvación histórica de la humanidad; y a sus predecesores, Platón y Diógenes el Cínico. Además de estos, de Marx utiliza la teoría del fetichismo, de Feuerbach la idea de la esencia invertida del hombre, y de Hegel su visión histórica; de forma que puede anunciar el (re)encuentro de la esencia del ser genérico de los hombres en la praxis histórica. Una muestra de la defensa de sus fuentes y de la violencia de la teoría la hemos encontrado en la Tesis 86: “Toda insuficiencia teórica en la defensa científica de la revolución proletaria puede estar relacionada, tanto por el contenido como por la forma de la exposición, con una identificación del proletariado con la burguesía desde el punto de vista de la toma revolucionaria del poder” (Debord, 1998). Esta tesis hace alusión al peligro de entender que las actuales formas de violencia política representan las postuladas por Debord, que sólo acepta las originales (como parte de la corriente que lo asocia con Rousseau y sus ideas del *buen salvaje*).

Cuando nos muestra la visión de Debord sobre el arte en la *sociedad del espectáculo*, Schiffter se muestra especialmente irónico: “apela a los proletarios –conocidos por su sentido de lo bello, de la dialéctica y de la conversación– (...) pues la cultura, *mercancía-vedette*, tiene por vocación que el proletariado reincida en el sofisma según el cual la vida sin espíritu se enriquece en el consumo ostentoso del espíritu sin vida” (pag. 49). Sólo la revolución proletaria podrá devolver al mundo su fraternal comunidad perdida, como muestra la Tesis 100: “El mismo momento histórico en que el bolcheviquismo ha triunfado *por sí mismo* en Rusia y la socialdemocracia ha combatido victoriosamente *por el viejo mundo* marca el nacimiento acabado de un orden de cosas que es

el centro de la dominación del espectáculo moderno: *la representación obrera se ha opuesto radicalmente a la clase*” (Debord, 1998), donde recupera la idea de que la *representación espectacular* es sólo una copia inocua del original (en este caso de los proletarios). Mientras tanto, la única posibilidad revolucionaria es la de renunciar a los distintos encantos que esta corrupta sociedad les ofrece porque la mercancía (especialmente la artística) aparece como la culpable de la ocultación final a los hombres de las verdaderas razones que les hacían vivir. La única forma de haber podido gozar de la autenticidad de las cosas habría sido conocer la Edad de oro de las cosas (!). “Así, en una época en la que no puede existir ya ningún arte contemporáneo, resulta difícil juzgar las artes clásicas. Aquí como en otras partes, la ignorancia se produce para explotarla. Al mismo tiempo que se van perdiendo a la vez el sentido de la historia y el gusto, se van organizando redes de falsificadores”. (Debord, 1999:62)

Es en los *Comentarios a la sociedad del espectáculo*, que se presentan de esta peculiar forma: “Estos Comentarios no tardarán, sin duda, en ser conocidos por unas cincuenta o sesenta personas; lo cual ya es decir mucho en los tiempos que vivimos y tratándose de asuntos de tamaño gravedad. Pero también se debe a que en ciertos ambientes tengo fama de entendido” (Debord, 1999:13), donde, según Schiffter, el platonismo inherente a la obra de Debord se extrema. Allí, la mercancía aparece como el artificio que oculta la verdadera sociedad, creando una falsificación del mundo que los individuos viven como real. A esta tesis se opone el autor argumentando que las mercancías “de antes” eran las que se creaban para ser eternas, cumpliendo una función de enmascaramiento de lo efímero; “ahora que los hombres fabrican a la ligera productos inmediatamente consumibles, la verdad se restablece: todo lo que se había representado como lejano –lo divino, el poder, la riqueza- se vive directamente” (pag. 59). La mercancía no puede ser entonces más que un objeto anti-ideológico, porque no oculta nada y no espera nada; convirtiéndose en una imagen cruda (y cruel) de lo insignificante de nuestros deseos y de nuestros destinos. Queremos llamar la atención sobre esta idea, ya que no sólo supone una oposición frontal a las ideas de Debord, sino a las de una buena parte de los teóricos contemporáneos, y a nosotros no nos parece más descabellada que las opuestas.

“*La sociedad del espectáculo* constituye el breviario de los resentidos” (pag. 62). El movimiento situacionista fundado por Debord cree que la esencia original del hombre se halla fosilizada (prisionera) en la mercancía, razón más que poderosa para que no se busque la satisfacción en ese fetiche, lo que imposibilita la obtención de un mínimo consuelo a lo que, por otra parte, no tiene una razón precisa de ser. Tesis 195: “El pensamiento de la organización social

de la apariencia está él mismo oscurecido por la *infracomunicación* generalizada que defiende. No sabe que el conflicto está en el origen de todas las cosas de su mundo. Los especialistas del poder del espectáculo, poder absoluto en el interior de su sistema de lenguaje sin respuesta, están absolutamente corrompidos por su experiencia del desprecio y del éxito del desprecio confirmada por el conocimiento del *hombre despreciable* que es realmente el espectador” (Debord, 1998). El repaso a los planteamientos situacionistas le lleva a calificarlos en su conjunto como los “insignificantes cínicos del S. XX”, igual que los cínicos fueron los socráticos insignificantes, también según el autor. Y como contraposición a las teorías de la Internacional Situacionista, utiliza una cita de Chamfort para mostrar su visión, “la mejor filosofía relativa al mundo es aliar, a este respecto, el sarcasmo de la felicidad con la indulgencia del desprecio”.

Al comentar el *Panegírico* de Debord, Schiffter olvida los preceptos de lo políticamente correcto al expresar su opinión sobre el autor (que fue el autor de su propio panegírico), al que considera un grandilocuente preocupado de dejar testimonio de su genio a la humanidad, iluminando así su falta de envergadura. “Más altivo que gentil, con toda la hinchazón y la pedantería del *doctor en nada*, Debord sólo comienza a escribir cuando dispone de un botín repleto de plagios” (pag. 75). Su estilo es semejante al de otros porque directamente los copia, como parece confirmar él mismo en la Tesis 207: “Las ideas se mejoran. El sentido de las palabras participa en ello. El plagio es necesario. El progreso lo implica. Da más precisión a la frase de un autor, se sirve de sus expresiones, elimina una idea falsa, la reemplaza por la idea justa”. (Debord, 1998)

Una de las constantes en la obra de Debord es el tiempo, el paso del tiempo concebido como un proyecto homogéneo distinto del vértigo. Tesis 145: “Con el desarrollo del capitalismo el tiempo irreversible se ha *unificado mundialmente*. La historia universal llega a ser una realidad, ya que el mundo entero se reúne bajo el desarrollo de ese tiempo. (...)” (Debord, 1998). Influidor por la filosofía hegeliana se prohibió una visión de la Historia desde la perspectiva del caos, la defendida por Schiffter, que entiende que las causas perdidas no merecen ninguna defensa porque los semejantes, la humanidad, son traidores (recordemos el mito de Abel y Caín, dice); al estar convencido de que no hay forma de lavar las afrentas del tiempo, ninguna revancha romántica le puede conmovir. Por el contrario, Debord creía que podría tomar por asalto el futuro para hacer triunfar una utopía. Las Tesis 152: “En su sector más avanzado, el capitalismo concentrado se orienta hacia la venta de bloques de tiempo ‘totalmente equipados’, cada uno de los cuales constituye una sola mercancía unificada que ha integrado cierto número de mercancías diversas. (...)”

(Debord, 1998) y 153: “El tiempo seudocíclico consumible es el tiempo espectacular, a la vez como tiempo del consumo de imágenes, en el sentido restringido, y como imagen del consumo del tiempo en toda su extensión. (...)” (Debord, 1998), son la mejor expresión de esta concepción mercantilista del tiempo.

El siguiente escalón en esta crítica sistemática es hacia la consideración (por parte de muchos) de Debord como un *dandy*. Si este dijo de sí mismo que no ha pretendido agradar, resulta contrario al planteamiento del *dandy*, que no pretende desagradar, sino irritar mediante la impertinencia (entendiendo que consiste en no tomarse nada en serio cuando todo es trágico) y los modales exquisitos; dejando para los agitadores la desagradable invectiva, “¿cabe imaginar, siquiera un momento, al dandy dirigiéndose a los huelguistas incluso para mofarse de ellos?” (pag. 83). Y de esta manera cierra toda posible respuesta.

En cuanto a la organización social propuesta como solución a la *sociedad del espectáculo*, que califica de esta forma en la Tesis 215: “El espectáculo es la ideología por excelencia porque expone y manifiesta en su plenitud la esencia de todo sistema ideológico: el empobrecimiento, el sometimiento y la negación de la vida real. (...)” (Debord, 1998). Schiffter desconfía de cualquier forma de poder, incluso de la que niega el poder, porque cualquiera de ellas es absolutista, cosa que confirma Debord: “Se impone la conclusión de que estamos ante un relevo inminente e inevitable dentro de la clase cooptada que gestiona la dominación y que, sobre todo, dirige la protección de esa dominación”. (Debord, 1999:100). Schiffter considera que la vida es narcisista y que ha terminado por parecerse a sus reflejos. “Ahora, incluso si ya sólo se refracta en las mercancías de baja calidad, la vida se vuelve cada vez más brillante. *So what?*, decía Warhol” (pag. 92). Los pretendidos sortilegios de la mercancía lo dejan hasta tal punto frío, que no consigue percibir en la mercancía más que la utilidad y el precio, ni rastro del *valor de uso*, ni del *valor de cambio*. Mucho menos la separación entre sus *necesidades naturales* y sus *necesidades artificiales*. Considera que los libertarios se vuelven teólogos cuando no entienden que el drama de los humanos actuales no es el de sentirse extraños de sí mismos entre las mercancías, sino por el contrario, el de no poder olvidarse de sí mismos entre unas mercancías cada vez más semejantes a su imagen y diseñadas por el sistema y las herramientas del marketing conforme a sus deseos (a su imagen y semejanza).

La gran aportación de Debord, su crítica a la mercancía, es un discurso, según el autor, que la propia sociedad mercantilista formula para hacer creer que tiene enemigos; de forma que puede renovarse y perdurar (tal y como postula el propio Debord). Igualmente no supo apreciar cómo la propia sociedad

mercantilista anima a la gente a reivindicar su deseo de felicidad como un derecho, porque terminó cayendo en la ideología y perdiendo la omnisciencia necesaria para emitir juicios. Concluye Schiffter con una sentencia lapidaria, pero que deja entrever la ironía de su escrito y la poca trascendencia que el propio autor confiere a todo lo dicho (puesto que cree que muy pocas cosas en la vida –todas ellas terrenales– merecen consideración): “Quedará de él un cliché. No está tan mal. Según Baudelaire, crear un lugar común revela genio” (pag. 102).

Y así, la fe de Debord en la utopía de un mundo mejor no lo convirtió en un hombre peligroso, sino en un intelectual contestatario.

Referencias:

DEBORD, G. (1998): *La sociedad del espectáculo*. *Archivo Situacionista Hispano*. [http:// www.sindominio.net/ash/espect0.htm](http://www.sindominio.net/ash/espect0.htm)

Edición original: *La société du spectacle* (1967). Ed. Champ Libre, París

DEBORD, G. (1999): *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Ed. Anagrama, Barcelona

Edición original: *Commentaires sur la société du spectacle* (1988). Ed. Gérard Lebovici, París

SCHIFFTER, F. (2005): *Contra Debord*. Ed. Melusina, Barcelona

Edición original: *Contre Debord* (2004). Ed. Presses Universitaires de France, París

V.V.A.A.: *Archivo Situacionista Hispano. Textos de Debord y otros teóricos situacionistas*. [http:// www.sindominio.net/ash](http://www.sindominio.net/ash)



Santiago Aumesquet Nosea
Universidad de Sevilla

Fotografía proindigenista

Azócar Avendaño, Alonso (2005). *Fotografía proindigenista. El discurso de Gustavo Millet sobre los mapuches. Temuco (Chile)*: Ediciones Universidad de La Frontera.

Borrachos, sucios y holgazanes. Así se caracterizaba a los mapuches en una época en la que ciertos grupos económicos pugnaban por ocupar su territorio y proyectaban a la opinión pública una imagen estereotipada de esta etnia como la de unos bárbaros incorregibles, cuyas acciones suponían un freno a las posibilidades de desarrollo de Chile. Con violencia, el mapuche fue sometido, sus tierras ocupadas y su sistema social y cultural quebrado. La Araucanía caía bajo el control militar del estado en 1883 y este fértil territorio comenzó a ser ocupado por colonos, confinando al indígena en núcleos de marginación.

Las investigaciones de Azócar recuperan la obra de un fotógrafo que supo ganar la confianza de los mapuches y registrar parte de su cultura mediante el retrato en estudio, utilizando las mismas técnicas que daban prestigio a los retratados no mapuches. A través del análisis iconológico e iconográfico de treinta fotografías realizadas entre 1883 y 1917 por Millet, Azócar desvela su intención de dignificar al indígena aportando el testimonio gráfico de la existencia real de los mapuches. Sus fotografías se alejan de la conflictividad del momento, del enfrentamiento entre la sociedad y la barbarie, huyendo de los estereotipos reinantes que denostaban al indio.

Azócar expone cómo Millet huye de la fotografía etnográfica, aquella que mostraría al indígena en su entorno y labores cotidianas, aportando datos valiosos sobre sus tradiciones, pero que facilitaría al mismo tiempo la visión del indio como salvaje, en un escalafón inferior al hombre blanco.

El libro, editado en papel de calidad, es ideal para la observación de las imágenes y favorece la divulgación y el rápido acercamiento tanto a la obra de Millet como a las conclusiones que Azócar ha extraído de su sucinto análisis. Sin embargo deja un considerable espacio en blanco que podría estar ocupado por una descripción más detallada de la cultura mapuche, algo necesario para comprender el significado completo de los rasgos culturales representados.

Azócar observa que parte de la obra de Millet fue difundida mediante postales en las que rompía el principio fundamental del retrato de la época al ir más allá de la individualidad del sujeto o sujetos retratados. Estas imágenes iban acompañadas de un texto genérico en el que se hacía alusión a una etnia y a una localización geográfica, y representaban por tanto a todo un pueblo, a toda una cultura. Asimismo, plantea que por su forma de elaborar la puesta en escena, cuidando la indumentaria, la pose y los gestos de sus personajes, establece un diálogo crítico con su época y contradice la opinión común, manifestando una clara orientación proindigenista.

La recuperación de la obra de Millet sobre los indios araucanos planteada por Azócar reabre el debate entorno a los orígenes de la marginación de los mapuches y posibilita un segundo análisis comparativo que incluya la situación actual de esta etnia en posteriores investigaciones.

Algo más de un siglo después, la situación del indígena en Chile continúa sometida a las presiones del desarrollo económico del país y los estereotipos a los que alude el autor al comienzo de la obra no han desaparecido. El gobierno chileno, al financiar esta obra a través del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, está contribuyendo a reforzar la identidad del pueblo mapuche. La mayoría de los gobiernos son capaces de aceptar al indio y a las minorías étnicas dentro del museo, pero no al indígena actual, negando que éstos se han modernizado junto con el resto de la sociedad, sin perder necesariamente su identidad. Es por esto por lo que resulta necesario enfrentar el pasado con el presente impulsando el diálogo constructivo a partir de la investigación de la evolución de las señas de identidad cultural.



Carlos Del Valle Rojas
Universidad de La Frontera (Temuco - Chile)

Dominios

Cimadevilla, Gustavo (2004). *Dominios. Crítica a la Razón Intervencionista, la Comunicación y el Desarrollo Sustentable*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

"Las naciones, como las narraciones, pierden sus orígenes en los mitos del tiempo y sólo vuelven sus horizontes plenamente reales en el ojo de la mente [*mind's eye*]. Una imagen semejante de la nación -o narración- puede parecer imposiblemente romántica y excesivamente metafórica pero es de esas tradiciones del pensamiento político y del lenguaje literario que la nación emerge como una poderosa idea histórica en Occidente".
(Bhabha, Homi, 2000: 211)

Este libro, que constituye la Tesis Doctoral del autor, es un exhaustivo y crítico análisis de la comunicación en los procesos de intervención institucionalizada desde el Estado-Nación. Contiene un análisis teórico riguroso del ámbito de las ciencias sociales y no excluyentemente de la comunicación. Por lo tanto, evita dos excesos muy frecuentes: caer en un pan-comunicacionalismo o abordar la comunicación como un hecho aislado.

Dos palabras que definen este libro son, sin duda, *racionalidad intervencionista*. Y el aporte fundamental de esta expresión está en las preguntas que nos sugiere: ¿qué racionalidad?, ¿para qué?, ¿para quién?, ¿cómo? Esta racionalidad se fundamenta desde las ideas de progreso y desarrollo. Pero el libro se presenta como una crítica a esta lógica, una crítica a la forma en que la intervención es concebida como progreso y desarrollo y cómo logra institucionalizarse en nuestras sociedades. De qué manera, en definitiva, desde nuestros espacios de intervención social asumimos a-críticamente ciertas lógicas que responden a

un diseño muy particular de la sociedad y la cultura. Y este diseño establece una doble relación con la intervención, pues la genera y se alimenta de ella. Hay aquí, por lo tanto, una invitación a examinar nuestras lógicas y dinámicas de intervención, una invitación a vernos en nuestra interacción social como mediadores.

En efecto, hoy día no se discute la "necesidad" del progreso y el desarrollo, y menos de qué progreso y desarrollo hablamos: para qué y para quién; pero lo interesante es comprender "cómo aparece institucionalizada la intervención social en el tipo de sociedad en la que se fundan las bases de la contemporaneidad" (pág. 49). Aquí nuevamente el diseño de la sociedad y la cultura que asumimos no sólo institucionaliza un tipo particular de intervención, sino que también se deja influir por dicha intervención. Así las cosas, el tipo de intervención habla del tipo de sociedad y viceversa. Por lo tanto, es urgente detenernos a pensar en el tipo de intervención que realizamos.

El libro se estructura en cuatro capítulos, comenzando con uno sobre *la intervención*, que examina en detalle su construcción socio-histórica y política. Es innegable que la intervención es un hecho social e histórico, porque responde a ciertas necesidades sociales y se instala en un momento específico y desde allí inicia su recorrido; pero, además, responde a un diseño y una planificación política. Y en el contexto de la exhaustividad del trabajo emprendido por Cimadevilla, se extraña precisamente una profundización en dos aspectos importantes de la producción de la intervención: su carácter discursivo y sus implicaciones económico-políticas. Ambas actúan como dinámicas exógenas, que no sólo están presentes en los procesos de intervención, sino que también son capaces de construir y transformar la realidad. Por lo anterior, resulta significativo abordar el discurso de la intervención, el cual constituye las bases de la comprensión de dicho fenómeno, y las incidencias económico-políticas, pues evidentemente existe un diseño ideológico como fundamento.

En el segundo capítulo se examina *la racionalidad intervencionista*, desde la perspectiva de las bases que la constituyen, especialmente "por qué, para qué y por dónde se orienta", como dice el autor en otra parte. Tan significativa como las preguntas sobre la existencia de "una racionalidad" o "ciertas racionalidades" intervencionistas, es la aproximación del autor a la emergencia de las "formas de intervención", a partir del surgimiento de una "inteligencia resolutive", que sería la base de toda intervención. Pero a las características señaladas por el autor para todo proceso de intervención: (a) "conjunto humano social", (b) "complejización del entendimiento", (c) "creación de instrumentos de facilitación de condiciones de vida", y (e) "una concepción acerca de las capacidades y sentidos del protagonismo", es necesario agregar aquellos factores estructu-

rales subyacentes y que permiten la intervención. Y no se trata sólo de pensar la institucionalización del Estado-Nación, sino otras formas narrativas y discursivas para justificar la intervención, que es el tema de fondo sobre la legitimación. En efecto, además del rol del Estado-Nación, existen otros factores sociales que legitiman la actual forma de intervención, como el modelo educativo, el modelo neoliberal de la información, la comunicación y el periodismo y, en definitiva, el complejo sistema neoliberal presente en los diferentes ámbitos de la vida social, económica, política, cultural, etc.

En el tercer capítulo el autor analiza *la legitimación intervencionista*, esto es, los actores y sus contextos. Aquí el progreso "supone una concepción que legitima las intervenciones sociales sobre la base del aprovechamiento del conocimiento para el avance continuo de la racionalidad instrumental sobre las condiciones sociales de existencia" (pág. 149), y el desarrollo es "una concepción que legitima las intervenciones sociales sobre la base de la búsqueda de progreso sustentada en el principio de representación de los intereses de quienes promueven o apoyan determinada transformación" (pág. 149). En este escenario cumple un rol fundamental el control de los sistemas de información y comunicación. Queda claro en este capítulo que las intervenciones siguen una lógica lineal e instrumental, en la cual quienes intervienen asumen la representatividad de los intereses de los sujetos "intervenidos".

Y en el último capítulo, el autor examina el rol de la comunicación en los procesos de intervención, a través de una lectura crítica del trabajo de Everett Rogers sobre *difusión de innovaciones*. Aquí es importante el análisis que se hace porque la lógica lineal, instrumental y de representación que siguen las intervenciones es apoyada por una concepción instrumental de la comunicación, la cual, como hemos dicho, se sustenta en un diseño neoliberal del sistema informativo y comunicativo, en general, y periodístico, en particular.

Desde una perspectiva global, en el libro resulta más interesante que el ejercicio genealógico disciplinar sobre la comunicación y su dimensión pragmática, la consideración de los aspectos relacionales y contextuales de la comunicación. Ello porque la comunicación es un hecho profundamente histórico, social y cultural, por lo cual no es suficiente construir una teoría de la comunicación, sino también de la historia, la sociedad y la cultura. Y realizar los análisis desde esta visión interdisciplinaria.

Por otra parte, en el libro es menos acertada la reducción de la pragmática a una instrumentalización, que la exhaustiva perspectiva crítica de la comunicación de innovaciones como modelo hegemónico, sin por ello perder el optimismo y la actitud propositiva. De hecho, el aporte significativo del trabajo nuevamente radica en su análisis contextual, en este caso, de la ideología que

Carlos del Valle Rojas

subyace en la implementación e imposición particular de un modelo (el de *difusión de innovaciones*).

Una pregunta significativa es saber si la fuerza preformativa de las distintas reflexiones, por muy críticas que estas sean, podrá escapar a la racionalidad intervencionista. En otras palabras, ¿cuándo formamos, y dejamos de formar, parte de dicha racionalidad? Y las preguntas que siguen: ¿es posible salir de esta racionalidad desde la convivencia permanente con ella?, ¿cómo superamos esta racionalidad? y ¿qué hay más allá de la intervención? El debate queda, entonces, abierto.



Fernando R. Contreras
Universidad de Sevilla

Fijaciones

García Gutiérrez, Antonio (2005). *Fijaciones. Estudios críticos sobre políticas, culturas y tecnologías de la memoria*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Reactualizando la herencia crítica de los estudios de la cultura y de la comunicación y revisitando nociones clásicas, García Gutiérrez ofrece en este libro una nueva conceptualización de la memoria, del registro y del proceso de recuperación de la información. En la misma línea coherente de su obra anterior, *La memoria subrogada*, la reflexión teórica ofrecida es innovadora, sugerente y muy arriesgada. Vilches dice en *La migración digital*, que no es hasta mitad de los años ochenta cuando la tecnología no era importante para la teoría de la comunicación, salvo los trabajos de Mattelart y de Schiller. Y a parte de Raymond Williams que no pertenecía a la tradición de los efectos, el análisis de la tecnología no estaba integrado en los estudios de la comunicación. Así podemos situar el trabajo de García Gutiérrez como pionero en el estudio crítico de la memoria digital en un campo de los estudios de la cultura como es la memoria social registrada, penetrando en las estructuras más profundas de sus efectos en la comunicación. Excepcionalmente, podemos encontrar estos mismos planteamientos (“exomemoria”) en otros ámbitos distintos del saber como es el caso de Muniz Sodré (“tecnoesfera”), Jesús Martín Barbero (“matrices”) o Jorge González (“frentes culturales”). En pocas palabras, aún alcanza a profundizar más sobre el proceso de tecnificación, de selección de información y su influencia sobre la memoria social, en un momento tan decisivo, pues la historia comienza a escribirse utilizando el recuerdo periodístico o mediático.

García Gutiérrez aborda en su trabajo crítico el dominio de las nuevas tecnologías digitales sobre la herencia cultural. Realmente, no sería discutible si

ello no ocultara los auténticos intereses propios del efecto producido por la desigualdad de poder. Ya John Atkinson Hobson publicaba, en 1902, *Imperialismo*, un estudio y más tarde, el propio Lenin escribía *El imperialismo*, fase superior del capitalismo, en 1916. Desde otra perspectiva más reciente, John Tomlinson, en *Cultural Imperialism*, define al imperialismo cultural como aquello que es propio de políticas expansionistas de carácter transnacional (el modelo de mercado actual) que nacen únicamente de sociedades capitalistas. Para García Gutiérrez, esta sociedad descentralizada empresarialmente e interconectada tecnológicamente construye una memoria colonizadora de nuevos espacios como estrategia de dominio. La memoria amplificada por la tecnificación digital posee la misión civilizatoria de los países más desarrollados a todos los niveles (social, político, económico, cultural e incluso racionalmente, científicamente).

Visto de este modo, la memoria es un instrumento erístico que cumple con la función de “demostrar” y no “dialogar” entre identidades distintas sobre el camino moral correcto hacia el progreso, dentro de la lógica jerárquica de lo que enseña una sociedad superior a una sociedad inferior, es decir, dentro de una relación de poder y de dependencia: “En un mundo erístico, dominado por el placer macabro o una lógica evolutiva de la absorción, la organización de la “denuncia cooperativa” puede ayudar a trascenderlo y mitigarlo. Una pos-epistemología de la erística de la memoria debe proponer instrumentos (meta-teóricos) desconfiados y de alerta, de verificación y supervisión de la teoría y métodos dialógicos”.

En la línea de los renovados trabajos críticos, se propone sujetar y mensurar el poder de penetración de las nuevas tecnologías y de las industrias culturales: “El problema de la “invasión digital” es que no se toma como la penetración de lo extranjero en la cultura local sino como un mecanismo neutral y familiar para la modernización de la misma. Y, en efecto, esta constatación puede ser sensata siempre que vaya acompañada de la siguiente reclamación: es posible y necesario mantener usos e interpretaciones culturales diversas a partir de la misma tecnología. Gestionar tecnologías homogéneas, para posibilitar la interacción global, no es incompatible con la elaboración de configuraciones técnicas heterogéneas a partir de las culturas que participan. Cada posición debe apropiarse de la tecnología amoldándola a sus modos, lenguajes y usos diferentes: reelaborar en suma, desde las tecnologías de la cultura, diferentes culturas de la tecnología. Abrir la brecha de la divergencia cultural en el corazón mismo de la convergencia técnica”. Para García Gutiérrez es necesario profundizar sobre la comprensión de las interacciones que unen la evolución social y la de sus representaciones. De este modo, las memorias artificiales ya

no serán interpretadas como simples objetos técnicos, si asumen funciones sociales y culturales, porque se transforman en lugares donde tienen lugar las interacciones a través de lo simbólico y lo discursivo.

Para nuestro autor, efectivamente, el cambio social no proviene del cambio tecnológico. El surgimiento de la informática es decisivo para la comprensión de nuestras experiencias transnacionales, pero también recordando a Raymond Williams, en *Television: Technology and Cultural Form*, debemos ser precavidos con sus significaciones: “El progreso es visto como la historia de esas invenciones que “crean” el mundo moderno. Los efectos de las tecnologías, sean directos o indirectos, previstos o imprevistos son considerados como parte de la historia. La máquina de vapor, el automóvil, la televisión, la bomba atómica habrían entonces creado al hombre moderno y la condición humana”.

Sobre el sentido del cambio tecnológico, pronosticaron la inminencia de una era posindustrial, telemática y civilizatoria Masuda, Escarpit o Toffler, basándose en el debilitamiento de las ideas socialistas en la década de los años ochenta. A partir de aquí surgió una colección de metáforas que pretendían explicar el proceso de digitalización que experimentaba el mundo capitalista: a) la era Acuario: las extensiones tecnológicas como medio de liberación del hombre frente a la naturaleza; b) el mundo sin fronteras: la proletarización de las comunicaciones; c) el fin de las fronteras: la desterritorialización de la cultura mediante un consumo orientado a segmentos globales; d) la crisis de los Estados-Nación: dependencia económica de las empresas transnacionales; e) el hombre nómada: experiencias individuales descontextualizadas y sacadas del ritmo de la tradición; f) la anulación del espacio: una pseudoexplicación sobre como entender que las TICs producen las mismas sensaciones en lugares dispares; g) la uniformización cultural o la centralidad política: las tecnologías se independizan de la historia para instaurar su veracidad; h) las teorías tecnome-siánicas: la creencia sobre un futuro sin demostrar (finalmente, Toffler y su mundo predecible).

García Gutiérrez irrumpe contra todas estas tecnofalacias que pretenden fundar un nuevo orden cognitivo y epistemológico mediante los nuevos servicios digitales de registro o exomemorias. A cambio, propone una nueva epistemología basada en un “pensamiento fronterizo”, en el mestizaje o bien sencillamente, en asumir la intransigencia de un conocimiento superior (la epistemología) que rellena las memorias oficiales y privadas, sin espacio para otras formas de conocimiento. La epistemología ha dado el estatuto de verdad al conocimiento, propiciando un sistema inclusivo donde lo que está definido dentro es ciencia y lo que está fuera es no científico, no válido: un sistema cerrado parcelado que filtra la representación de la realidad del hombre y expli-

ca (o razona) todo lo que sucede en su vida. Pero, también un sistema que olvida su sentido final, y que se instaura en la dimensión de la creencia como ha demostrado con su antirrepresentacionalismo Rorty, sin querer superar sus propias limitaciones: “La superación vendría de la mano de una epistemología “siguiente” y avanzada —en ese sentido, emplearíamos el prefijo “pos”- de una epistemología, no ya de oposición, sino de “reposición” y “transposición” de objetos, conceptos, visiones o categorías”.

La propuesta de García Gutiérrez está llena de rupturas, del deseo de superar los campos alambrados por la epistemología clásica que asfixia a un mundo interconectado, pero desintegrado en fragmentos culturales, dividido en parcelas, en territorios que delimitan un centro y una periferia y dibujan escenarios marginales en la construcción de una memoria de la que cada vez más es propiedad o bien cultural de una minoría dominante. “Como objeto tangible y trasladable, la memoria se presta a dos usos perversos: mercantilización y patrimonialización. Así, los registros de la memoria digital responden a la violenta lógica de ser propiedad de alguien: individuo, comunidad, museo privado o estatal, pues se identifica una gestión o usufructo, muchas veces asentados en el expolio, con la propiedad histórica “natural” del objeto”.

Josiane Jouët en «*Pratiques de communication: figures de la médiation*», afirma que la mediación del objeto técnico no es neutra y conduce a hacer técnicas las actividades ordinarias que se realizan a través de las tecnologías digitales. La racionalidad de la técnica estructura la práctica que a cambio adopta los valores de variabilidad del objeto. Esta dinámica instrumental de la tecnología surge desde los ámbitos cotidianos (microsociales) a la lógica de comprensión de conceptos macrosociales (democracia, gobierno, comunidad). Tras una gradual sacralización, la tecnología conserva la memoria personal y comunitaria, desde el poder de imponer su código de ordenación. Dice García Gutiérrez: “Junto a la ilusión narcisista, y aparentemente voluntaria, del automuseo, del acceso voyeurista a la colección ajena y de la vanagloria falaz de disponer de una “memoria total”, el ciudadano moderno se ve invitado a hacer dejación de su capacidad crítica y selectiva en favor de oscuros intermediarios y estratagemas urdidas por el *statu quo*.” Ya Horkheimer advertía del problema que significa instaurar la razón instrumental y permitir que la sociedad sea organizada bajo el modelo de la tecnocracia. La comunidad queda estratificada, de modo que los individuos de los estratos inferiores obedecen a los superiores con más poder de decisión y control, causando la cosificación de los individuos de los estratos inferiores; es decir, provoca el efecto en estos individuos de pérdida de responsabilidad social. Con ello se logra desunirlos o lo que es lo mismo, produce una sociedad con individuos dispersos, las seducciones del

individualismo lo denomina García Gutiérrez, pero también más manejables y menos peligrosos a la hora de oponerse a las decisiones del poder instaurado: “El amaestramiento digital, que minimiza el vital cuestionamiento de los poderes, contribuirá decisivamente a la obtención de una memoria tibia que asegure la continuidad”.

García Gutiérrez está muy próximo a las mismas soluciones que ofrece sobre esto Jürgen Habermas. No necesitamos de una crítica de la ciencia y de la tecnología, sino una crítica de su totalización, “de su identificación con el todo de la racionalidad”. Para ello, corresponde distinguir entre las distintas formas de razón y de racionalización. Además, conviene en rescatar la noción de racionalidad que participa en el medio de interacción social de las restricciones que el positivismo impone al discurso con sentido. Y cada vez es más necesario establecer la racionalidad dialógica que permite las decisiones bajo el consenso público.

En estos términos, va finalizando este interesante trabajo, buscando el diálogo entre las culturas o entre identidades distintas. Para ello, nos ofrece diferentes planteamientos sobre la memoria digital en la sociedad multicultural; tanto como espacio de interacción y de posibilidades, o también como interferencia neo-racista, como elemento de segregación cultural: “Si el caldo de cultivo cultural es un universo simbólico junto a los anclajes de su memoria, la apropiación reciente que lo digital ha practicado globalmente sobre lo simbólico impone nuevas reglas de juego para la diversidad cultural. Nada puede hacer la invocación milenaria o la paciencia como resistencia cultural. Para sobrevivir y poder hablar en un nuevo mundo implacable, las culturas tienen que apropiarse de lo digital como modo privilegiado de expresión. Pero las culturas menores, o los subsistemas culturales de las macroculturas, si pueden expresarlo así, solo disponen de la cooperación como herramienta para la supervivencia misma”.

Frente a ello, invita a una solución difícil, pues García Gutiérrez aboga por un diálogo transcultural. No obstante, es consciente de que en esta noción caben muchos errores. Confundimos en múltiples ocasiones, las correspondencias entre los niveles económicos, tecnológicos y culturales que permiten la formalización de los universos simbólicos dentro de los fenómenos globalizadores. Esto traduciría los fenómenos sociales en fenómenos culturales. No obstante, esta correspondencia no significa homología: un mundo interconectado no es un mundo integrado. La comunicación entre las identidades culturales no está fundada en las posibilidades técnicas de los medios de comunicación y las memorias digitales; es necesario que exista antes un complejo sistema de relaciones sociales que den lugar a la noción de integración. En palabras

Fernando R. Contreras

de García Gutiérrez: “La formación de un espíritu transcultural es una mera rehabilitación de lo que, en algún momento precivilizatorio de la vida humana, fue un intercambio abierto y natural al conocimiento y apropiación de las costumbres, cosmovisiones y tecnologías de las etnias que se cruzaban aleatoriamente”.



Redacción IC

Reseñas de revistas

Especial: revistas de Historia de la Comunicación
Redacción de I/C
MEDIA HISTORY. Vol. 11 (2005)

Media History es una revista de carácter interdisciplinar que se ocupa del estudio de los medios de comunicación social desde el siglo XV hasta el presente. Mantiene una doble perspectiva, histórica e internacional, que le lleva a explorar todas las formas de publicación serial en medios de comunicación de carácter manuscrito, impreso o electrónico, así como a fomentar estudios que cruzan las fronteras de la política, la cultura y la comunicación.

La revista sirve de altavoz a investigadores de todo el mundo -una aplastante mayoría de británicos y norteamericanos que condicionan la orientación, la temática y la localización de los estudios- e incluye contribuciones que abarcan un amplio espectro de la Historia de la Comunicación Social, en general, y de la Historia del Periodismo, en particular. El objetivo de sus editores no es otro que el de poner a disposición de la comunidad científica un foro de discusión efectivo que propicie el desarrollo de esta importante área de estudios históricos.

En concreto, el undécimo volumen de *Media History*, que aglutina de forma extraordinaria dos números, los correspondientes a abril y agosto de 2005, recopila hasta ocho artículos bajo el sugerente título de "News Networks in Early Modern Britain and Europe". Este ejemplar especial ofrece a sus lecto-

res -historiadores de la comunicación y comunicadores de la historia fundamentalmente- una panorámica del periodismo británico y europeo en el siglo XVII.

La terminología, en esta ocasión, no es algo baladí; al menos eso se desprende de las palabras con que introduce Joad Raymond esta serie de estudios ("Introduction: networks, communication, practice"), las cuales fijan el punto de partida conceptual del volumen recopilatorio: "El término *propaganda* engloba demasiadas cuestiones y, a su vez, es un instrumento demasiado rígido, demasiado encorsetado, para comprender lo que la *información* y la *inteligencia* significaron para los lectores y los 'comunicadores' de la alta Edad Moderna". A estas palabras claves se unen otras como discurso oral, espionaje, noticia, red de comunicación o periódico.

Joad Raymond, miembro del staff editorial de *Media History* y profesor de Literatura Inglesa en la Universidad de East Anglia, se encarga de conferirle un hilo temático conductor a la publicación al sentar las bases metodológicas y desglosar el contexto geográfico, social, político y lingüístico de la Alta Edad Moderna.

Emprender esta empresa, sin embargo, pone en peligro y compromete la comprensión sintética que defiende Habermas: corre el riesgo de perderse en lo concreto, de centrarse en un modelo particular o en un momento histórico determinado, en la línea de cierta historia del periodismo, que adolece aún de explicaciones impresionistas que prestan poca atención al contexto político, a los orígenes sociales y comerciales del cambio e incluso a la cronología esencial de su desarrollo formal. Pero el volumen, en general, supera este obstáculo sin apenas tropiezo.

De ahí que los artículos recopilados no sólo repudian la visión clásica -y a veces rancia- de la historia del periodismo, sino que van más allá y se interesan por estudiar la comunicación en sus distintas vertientes. A excepción del máximo común denominador del título, el volumen carece de un corsé específico en temas, instituciones o series individuales; al contrario, brinda una aproximación colectiva a la naturaleza de la información en la temprana Edad Moderna, a los usos y las percepciones de la época; huye de cualquier enfoque reduccionista y de cualquier restricción formal, cronológica o geográfica. En conjunto, esta serie cohesionada y coherente de estudios diseña una guía tan ambiciosa como completa para desentrañar las redes comunicativas del siglo XVII en Europa y, sobre todo, en Gran Bretaña. Varios temas florecen de sus interconexiones.

El primer tema, y tal vez el más significativo, es el que se refiere a las redes comunicativas, políticas, ideológicas y de patronazgo. Paul Arblaster ("Posts,

Newsletters, Newspapers: England in a European System of Communications") sostiene que, en la Europa del siglo XVII, ya existía un eficaz sistema de transmisión de noticias derivado de un amplio tejido de redes informativas de diferente alcance geográfico y social. Y en este paseo histórico por la comunicación no sólo se rodea, sino que se deja atrás, la distinción convencional entre medios de comunicación orales, manuscritos e impresos. Así lo hace Nicole Greenspan ("News, Intelligence and Espionage at the Exiled Court at Cologne: the case of Henry Manning"), que pone su atención en una colección específica de comunicaciones entre Londres y París, en la que el informante Manning intercambia noticias o *inteligencia* con Thurloe y promueve en el resto de Europa una imagen prestigiosa de Gran Bretaña.

Mark Knights, en su artículo sobre el librero Whig John Starkey ("John Starkey and Ideological Networks in Late Seventeenth-Century England"), considera las redes de noticias y la asociación política desde la perspectiva de una librería, uno de los escenarios cruciales en cualquier relato sobre el desarrollo de una esfera pública en la restauración británica. Algo similar hacen Filippo de Vivo ("Paolo Sarpi and the Uses of Information in Seventeenth-Century Venice") y Hamish Mathison ("Robert Hepburn and the Edinburg Tatler: a Study in an Early British periodical"). Los artículos mencionados, en síntesis, evitan algunos de los obstáculos formales, geográficos y narrativos comúnmente afrontados por la historia del periodismo, y prefieren explorar los escenarios y las vías de intercambio, así como la relación entre las ideas, la política y las formas de comunicación.

El segundo tema del volumen es el impacto de esta comunicación en red sobre la sociedad, las formas que adquirió la información, la importancia de controlar la comunicación, de explotar su potencial. Marcus Nevitt ("Ben Jonson and the Serial Publication of News") subraya, por ejemplo, el desarrollo de técnicas necesarias para este negocio de las noticias: posicionamiento editorial, reconocimiento de incertidumbre, testimonio y fidelización del lector. Y Nicholas Brownlees ("Spoken Discourse in Early English Newspapers") aborda la improvisación editorial en un ensayo sobre el lenguaje de las primeras relaciones de noticias.

Finalmente, el tercer tema del volumen hace referencia a los usos políticos de la información, la relación entre las relaciones públicas y la política. Nevitt, por ejemplo, observa que los editores de los periódicos de la época eran honestos en relación con los límites de su información; es más, la elaboración de las noticias se hacía en un ambiente de trabajo marcado por el escepticismo y la confirmación.

En definitiva, este nutrido grupo de historiadores ofrecen un enfoque complejo e integrador sobre los modos de comunicación, las comunidades políticas y sociales y las prácticas comerciales del periodismo del siglo XVII; constituyen una guía valiosa donde la transmisión oral, la manuscrita y la impresa coexisten, donde el comercio y la política acaban entendiéndose, donde las redes sociales e intelectuales se solapan, donde se comprende la importancia de explotar y controlar la información, donde convergen el espacio público y el privado, donde la historia del periodismo aparece más clara cuando se estudia dentro de los contornos de otras historias.

Los dos números que componen este volumen especial confirman a *Media History* como una de las mejores revistas especializadas en Historia de la Comunicación e Historia del Periodismo. A lo largo de los últimos años -bajo la dirección conjunta de Amy Aronson, Michael Harris, Tom O'Malley y Mark Turner-, la publicación ha mantenido una línea de extraordinaria coherencia, sacando a la luz, además de numerosos trabajos interesantes, una verdadera propuesta metodológica para el estudio de la disciplina. Justo cuando se estaba cerrando esta reseña, se publicó su tercer número, correspondiente a diciembre de 2005. El nuevo ejemplar recupera su habitual estructura formal y temática (seis artículos y un capítulo de cierre con reseñas bibliográficas) y presenta estudios sobre los medios de comunicación, casi exclusivamente del siglo XX, así como un interesante artículo sobre corrientes metodológicas dominantes en Historia del Periodismo, firmado por Mark Hampton.

Media History es publicada por *Carfax Publishing*, perteneciente al grupo *Taylor & Francis* y, además de estar disponible en papel, se puede acceder a sus contenidos a través de la red, eso sí, previo pago de una suscripción.

JOURNALISM HISTORY. Vol. 30 (2004) y Vol. 31: números 1 y 2 (primavera y verano 2005)

La revista norteamericana *Journalism History*, especializada en Historia de la Comunicación y del Periodismo y publicación de referencia en su campo, consigue mantener un aceptable nivel de calidad en los trabajos de que se componen sus números, cuatro por año. Para el investigador europeo, no obstante, dos son los criterios editoriales de la revista que la hacen parcialmente ajena a sus intereses: en primer lugar, y como hemos señalado en reseñas anteriores, la escasa atención prestada a los fenómenos europeos; en segundo lugar, la preferencia decidida por opciones metodológicas avanzadas, identificables en general con el rótulo de "retorno a la narrativa".

El primero de estos rasgos definitorios parece haberse matizado en las últimas entregas. Son cuatro - sólo cuatro, sin embargo, cuando los artículos contenidos en cada número son habitualmente también cuatro - los trabajos dedicados a la prensa en Europa, en estas seis revistas que reseñamos ahora: Oren Soffer, "Paper Territory. Early Hebrew Journalism and its Political Roles" (Vol. 30, n.º. 1); Natasha Tolstikova, "*Rabotnitsa*. The Paradoxical Success of a Soviet Women's Magazine" (Vol. 30, n.º. 3); Oren Meyers, "Israeli Journalism during the State's Formative Era. Between Ideological Affiliation and Professional Consciousness" (Vol. 31, n.º. 2) y, de mayor interés aún, Jane T. Tolbert, "Censorship & Retraction. Théophraste Renaudot's *Gazette* and the Galileo Affair, 1631-33" (Vol. 31, n.º. 2). La autora de este último trabajo desafía la visión convencional según la cual Renaudot asumió sin fisuras la política científica de la monarquía absoluta; basándose en documentos privados, fundamentalmente la correspondencia mantenida entre varios científicos coetáneos y el publicista francés, cree poder probar que, incluso cuando publicaba una retractación por haber promovido conferencias sobre el sistema heliocéntrico o cuando divulgaba la sentencia de la Inquisición a Galileo, su última finalidad era dar a conocer las novedades científicas censuradas.

Más allá de estos dos trabajos, el resto de los artículos publicados se dedican a los medios de comunicación estadounidenses. Siguen primando entre ellos los enfoques micro, en estudios que se emplean muy a menudo en destacar la figura de un periodista o un medio determinado siempre que su actuación haya sido señalada con respecto a las que hoy se consideran prioridades de la agenda de investigación de los científicos sociales: las cuestiones étnicas o medioambientales entre ellas. Éstos son algunos ejemplos, que se suman a la presencia frecuente de la prensa judía ya apuntada: Ron Rodgers, "From a Boom to a Treat. Print Media Coverage of Projet Chariot, 1958-62", sobre el seguimiento que hizo *New York Times* de un proyecto en el que se pensaba utilizar energía nuclear para remodelar el litoral de Alaska (Vol. 30, n.º. 1); Alfred Lawrence Lorenz, "Ralph W. Tyler. The Unknown Correspondent of World War I", en torno a la figura excepcional de un periodista negro al que se le atribuyó la misión de vigilar el trato dado a los soldados de su misma raza en la Primera Guerra Mundial; Frank E. Fee, jr., "Intelligent Union of Black With White. Frederick Douglass and the Rochester Press, 1847-48", estudio en torno a la figura de un editor de prensa abolicionista también de etnia afroamericana (ambos en Vol. 31, n.º. 1).

Sin duda, el ámbito más concurrido en los trabajos de *Journalism History* siguen siendo los estudios de género, tratados desde muy diversos enfoques metodológicos y con muy distintos objetivos. Jennifer Scanlon, en "Old

Housekeeping, New Housekeeping, or No Housekeeping? The Kitchenless Home Movement and the Women's Service Magazine" (Vol. 30, n.º. 1), recuerda cómo el *Ladies' Home Journal* contribuyó a difundir las propuestas novedosas de este movimiento feminista en los años '20 del siglo pasado; Janet M. Cramer, en "Cross Purposes: Publishing Practices and Social Priorities of Nineteenth-Century S.S. Missionary Women" (Vol. 30, n.º. 3), vincula a las publicaciones de las misioneras protestantes de finales del XIX con la promoción de ciertos valores sociales después admitidos en la llamada *Progressive Era* de la historia americana; Elizabeth V. Burt, en "Working Women and the Triangle Fire. Press Coverage of a Tragedy" (Vol. 30, n.º. 4), hace un interesante análisis de cómo los relatos sensacionalistas de los periódicos populares americanos de principios del XX - en torno a un accidente laboral en el que numerosas mujeres murieron en un incendio - sirvieron para que éstos mismos prestaran por vez primera atención a aspectos sociolaborales antes ajenos al modelo de prensa; Janice Hume, en "Prees, Published History, and Regional Lore. Staping the Public Memory of a Revolutionary War Heroine" (Vol. 30, n.º. 4), sopesa el papel de diferentes tradiciones - la impresa del periódico, la oral de la memoria colectiva - en la construcción de la figura mítica de Nancy Hart, heroína de la Guerra de Independencia. Más clásico, conforme al modelo reivindicativo de los estudios de género en el terreno de la historia del periodismo, es el artículo de Susan Henry, "Gambling on a Magazine and a Mariage. Jane Grant, Harold Ross, and *The New Yorker*" (Vol. 30, n.º. 2), donde se recupera la biografía del matrimonio fundador de la célebre revista, para determinar que como en tantas otras ocasiones la memoria de la editora, Jane Grant, se ha visto ensombrecida injustamente por la de su esposo.

Como viene siendo habitual en la publicación americana, los editores demuestran tener un concepto amplio de los fenómenos periodísticos, que se manifiesta en los numerosos trabajos dedicados a la publicidad o las relaciones públicas: Fred K. Beard, "Hard-Sell Killers and Soft-Sell Poets Modern Advertising Enduring Message Strategy Debate" (Vol. 30, n.º. 3); Kevin Stoker y Bird L. Rawlins, "The Light of Publicity in the Progressive Era. From Searchlight to Flashlight" (Vol. 30, n.º. 4).

Ahora bien, la tendencia más claramente observable en estos últimos números es la que otorga protagonismo a los temas relacionados con la política y, muy particularmente, con la propaganda. ¿Se suma *Journalism History* al "retorno de la política" del que se habla entre los historiadores europeos, o se trata tan sólo - pero nada menos - de un posicionamiento ideológico de la revista, en plena afirmación del conservadurismo político en los EEUU? En cualquier caso sorprende la afirmación rotunda de esta temática, que se expresa a través

de artículos dedicados a muy distintos espacios y momentos de la historia; los títulos que siguen lo ponen de manifiesto: Mark Feldsten, "Fighting Quakers. The 1950s Battle Between Richard Nixon and Drew Pearson" (Vol. 30, n.º. 2); Ralph Engelman, "My Rhodes Scholarship: Fred Friendly as an Information Officer in World War II" (Vol. 30, n.º. 3); Stacey Cove, "Pulling the Plug on America's Propaganda: Sen. J. W. Fullbright's Leadership of the Antipropaganda Movement, 1943-74" (Vol. 30, n.º. 4); Daniel Kane, "Each of Us in His Own Way: Factors Behind Conflicting Accounts of the Massacre at Port Arthur" (Vol. 31, n.º. 1); Thomas A. Mascaró, "Flaws in the Benjamin Report. The Internal Investigation into CBS Reports' Documentary *The Uncounted Enemy: A Vietnam Deception*" (Vol. 31, n.º. 2); Debra Reddin Van Tuyl, "Essential Labor. Confederate Printers at Home and at War" (Vol. 31, n.º. 2).

Finalmente, *Journalism History* mantiene en estos dos últimos volúmenes que reseñamos la serie iniciada en el volumen 29, en el que un artículo final de cada número se dedica a describir brevemente los fondos de alguna biblioteca o archivo de especial relevancia para la historia del periodismo. Hasta el presente todas las colecciones presentadas se refieren a la historia del periodismo estadounidense, particularmente del más reciente; es interesante observar el interés prioritario que parece concederse a los documentos privados, que a su vez se relaciona con la práctica, poco frecuente en Europa, de que los profesionales del periodismo leguen sus archivos personales a instituciones académicas tras su muerte.

HISTORIA Y COMUNICACIÓN SOCIAL. Vol. 10 (2005).

La revista *Historia y Comunicación Social*, editada por el Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, cumple diez años bajo la dirección de Alejandro Pizarroso Quintero y es ya una de las apuestas más serias que se han puesto en marcha en España para el estudio de la Historia de la Comunicación. Desde hace algún tiempo, además, se puede consultar gratuitamente en el *Portal de revistas científicas complutenses* (<http://www.ucm.es/BUCM/revistasBUC/portal/>). El número diez, correspondiente a 2005, recoge una miscelánea de trabajos que van desde el análisis del papel de *Aljazeera* en los conflictos armados de Oriente Próximo a la propaganda rusa en la guerra contra Napoleón.

Comencemos con el primero de esos temas: Mokhtar Atitar de la Fuente nos ofrece un análisis del papel de la cadena de televisión qatarí en diversos conflictos, aunque con una mención muy especial de la guerra de Iraq, que ha

supuesto la consagración de *Aljazeera*, no sólo como medio de comunicación hecho por y para árabes, sino como actor político que, señala el autor, ha marcado la agenda de las relaciones políticas entre EEUU y Qatar. También está presente el conflicto iraquí en el artículo de Marta González San Ruperto que, bajo el título "Grupos radicales islámicos en la Red", nos facilita un interesante "catálogo" para el estudio de este tipo de movimientos, así como su rastreo a través de la Red. Si bien la autora no nos aporta mucha información (sin duda difícil, y en ocasiones casi imposible de obtener) sobre la autoría de estas páginas, blogs, listas de distribución, etc., sí que ofrece testimonios interesantes traducidos de dichas fuentes. Uno de ellos, extraído de *Mu'askar al-Battar*, revista presuntamente editada por miembros de Al Qaeda, nos sirve para ilustrar un tema fundamental en lo referente a la propaganda a través de Internet en general, y en la del islamismo radical en particular: la posibilidad de militar desde cualquier lugar del mundo o... "desde casa":

"Oh, hermano Mujahidín, para unirse a los grandes campos de entrenamiento no tienes que viajar a otras tierras. Solo en tu casa o con un grupo de hermanos puedes empezar el programa de entrenamiento. Todos vosotros podéis uniros al Campo de Entrenamiento Al-Battar" (p.121).

Pablo Sapag presenta, en su artículo "External and Internal Factors Regarding a War Correspondent. A Theoretical Overview for IO and NGO Public Information Officers" una nueva entrega relacionada con un tema sobre el que viene trabajando en los últimos años y que tiene que ver con los factores que afectan al trabajo del corresponsal de guerra. Sapag, que tiene una sólida experiencia en conflictos bélicos como corresponsal de Telemadrid, divide estos factores en "externos" e "internos". Al primer tipo pertenecerían aquellos que no pueden ser modificados (pero han de ser conocidos y tenidos en cuenta) por los periodistas, como por ejemplo los sistemas de censura implementados para controlar la labor de los informadores. Los factores internos serían, por el contrario, aquellos sobre los que el periodista (y la empresa a la que pertenece) tiene la capacidad de influir, con el objetivo de lograr una cobertura informativa de mayor calidad. A esta categoría responden factores como el compromiso ideológico del periodista, la relación entre éste y su empresa, la formación académica y técnica de los profesionales, etc.

Sapag que, como hemos dicho, se ha aproximado a este complejo escenario comunicativo desde un punto de vista teórico-práctico, ha desarrollado un interesante (y muy necesario) modelo de análisis sobre el particular; modelo que aplica en este artículo a las relaciones entre los periodistas y las oficinas de

prensa de las Organizaciones Internacionales (Gubernamentales y No Gubernamentales), que suelen tener una discreta presencia en los grandes medios como fuentes de información durante los conflictos bélicos.

También el trabajo de Miguel Vázquez Liñán, titulado "Rusia, 1812: Prensa y propaganda en la guerra contra Napoleón" forma parte de un proyecto más amplio que el autor viene desarrollando en los últimos años y que tiene como objetivo la investigación y divulgación de la historia de la comunicación (especialmente la propaganda) en Rusia. Vázquez Liñán hace un recorrido por la estructura, en lo que a información y censura se refiere, de la Rusia de Alejandro I, destacando nombres de periodistas y periódicos que, si bien poco conocidos y casi ausentes de las historias del periodismo y la comunicación publicadas en España, forman parte destacada del pasado de la prensa europea. Resultan interesantes los datos que el autor ofrece sobre la prensa de trincheras rusa durante la "Guerra Patriótica de 1812", así como el impulso liberal que ésta supuso y que desembocaría, años después, en el movimiento decembrista de 1825.

Seguimos en Rusia, pero esta vez para detenernos en el período soviético y, concretamente, en el análisis de la que quizás sea su figura más controvertida: Iosif Stalin. Carlos Hermida Revilla, en su artículo "Cuestiones sobre Stalin" plantea una apuesta arriesgada y, desde luego, interesante: "Lo que pretendemos en este trabajo es enfocar algunos aspectos de la política estalinista desde un ángulo diferente al que generalmente nos ofrecen los libros de historia, apuntando la necesidad de una reinterpretación histórica de Stalin, alejada de los tópicos y lugares comunes habituales en la historiografía sobre el tema. No se trata de justificar nada, sino de mostrar que las cosas son más complejas de lo que algunos interesadamente nos quieren hacer creer"(p.135). Citamos aquí buena parte del punto de partida de Carlos Hermida porque no cabe duda de que, como decíamos, la apuesta es arriesgada. Acercarse a la historia aportando nuevos puntos de vista es un ejercicio que debe ser siempre bienvenido.

El problema es que Hermida no consigue llevar a buen puerto ninguno de los objetivos de su propuesta. No hay nada nuevo en un planteamiento que se centra en la enumeración de los logros (discutibles) de la economía y la educación estalinista y traslada el "paradigma de la malignidad" a otros líderes revolucionarios como Trotsky... Esto ya lo hemos oído antes. Tampoco parece que aporte demasiado a la hora de "desapasionar" el debate para acercarse al personaje de Stalin más "fríamente". Hermida entra al trapo del vocabulario apocalíptico y presenta una "verdad histórica" que plantea la represión (cuyas cifras pone en duda) como inevitable para la consecución de un objetivo mayor: "Es una realidad que la planificación económica de los años treinta,

inseparable de la represión, permitió a la URSS derrotar a Hitler y, de esta forma, evitar que la Humanidad fuera esclavizada por el nazismo" (p.144). coincidimos con Hermida en que la historiografía "occidental", demasiado deudora de planteamientos de la Guerra Fría, ha tendido a subestimar el papel de la URSS en la victoria sobre la Alemania nazi, pero esto en modo alguno nos puede llevar a cantar las alabanzas de una colectivización que ¿exigía? la represión brutal de la población.

Sin alejarnos del todo, al menos temáticamente, de la Unión Soviética, no queremos dejar pasar el interesante trabajo de José Cabeza San Deogracias: "Buscando héroes: la historia de Antonio Col como ejemplo del uso de la narrativa como propaganda durante la Guerra Civil Española". El artículo describe una campaña, llevada a cabo en el bando republicano durante la Guerra Civil, que pretendía conseguir el aumento de los voluntarios antitanquistas en el ejército republicano de Madrid. Para ello, se usó como esquema narrativo una secuencia de *Los marinos de Cronstadt*, película soviética de gran éxito que se proyectó durante el conflicto en España. José Cabeza nos ilustra sobre el proceso de la creación de un héroe "a la soviética", Antonio Col, un guardia marina que, emulando al héroe antitanquista de *Los marinos de Cronstadt*, acabó con varios carros de combate en el frente de Carabanchel. El autor usa la figura de Antonio Col para reflexionar sobre la "emulación" como consigna, término éste clave en la creación de los héroes soviéticos del trabajo (Stajánov), aviación (Chkállov), la carrera espacial (Gagarin), etc. y el papel de instrucción militar que, además del propagandístico, jugó el cine de guerra entre unos soldados que no siempre habían recibido la preparación adecuada antes de llegar al frente.

También Araceli Rodríguez y Carlota Coronado se refieren al discurso audiovisual; la primera poniendo como ejemplo al NODO del primer franquismo y su papel en la consolidación del régimen tras la Guerra Civil y hasta 1959, mientras que Coronado nos ofrece un análisis de *La grande guerra*, filme de Mario Monicelli que marca un antes y un después en la lectura del cine italiano sobre la Primera Guerra Mundial. Armando Recio analiza, por su parte, la cobertura de la prensa franquista ante el secuestro, en 1961, del trasatlántico portugués Santa María por parte del Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación.

Para terminar este repaso por los contenidos de este número de *Historia y Comunicación Social*, nos referimos brevemente a un grupo de artículos que hacen referencia, de una u otra forma, a la política estadounidense; sea vista desde España (Antonia Sagredo: "El discurso de la prensa madrileña de la Segunda República ante las elecciones presidenciales estadounidenses de

1932"), a través del análisis de las políticas de comunicación de los gobiernos de Jimmy Carter (Amparo Guerra: "Políticas y estrategias de comunicación de Jimmy Carter en los tratados del Canal de Panamá. Un repaso desde el siglo XXI") o George Bush (M^a Paulina Correa: "Proyecto para un nuevo siglo americano y la ideologización de la diplomacia estadounidense") o desde la visión del cómic norteamericano sobre el 11-S (Francisco Segado: "Tambores de guerra en viñetas: Spiderman y el 11-S").

